

México, D.F., 30 de mayo de 1958.

Sr. Prof.
Manuel López Pérez,
Tokio No. 526 - 4, Col. Portales,
C I U D A D .

Estimado profesor y amigo muy distinguido:

Deleitosamente entretuve parte del tiempo en reciente viaje a Los Tuxtlas, con la lectura de HOMENAJES, precioso volumen que tuve el honor y dicha de recibir de su parte, de manos de nuestra querida Laura.

La mayor parte de sus bien trazadas narraciones, se refieren a la biografía de algunos hombres connotados de nuestra Patria, como Carranza, Cárdenas, Ruiz Cortines, y otros; a la semblanzas de valores intelectuales, también nuestros, como lo son los artículos dedicados a Juan Abarca Pérez, el profesor Romero Flores, el sabio y erudito padre Rivera y el poeta Rubén C. Navarro.

Me impresionó vivamente la biografía del Varón de Cuatro Ciénegas, porque al través del vigor y lozanía de la pluma de usted, emerge ante la posteridad la recia figura de Don Venustiano tal como es: hombre fuerte, con clara visión de que el cumplimiento de la obra revolucionaria no podía fincar-se más que en una Constitución nueva y cuya figura pasa asimismo envuelta en la aureola de su sacrificio y tiene más nitidez histórica que la del propio Madero, pese a ser éste el iniciador de la Revolución, porque al final de cuentas el maderismo efectuó cambio de gobernantes - pero no de procedimientos.

Refiriéndome al profesor Romero Flores, estimo justísimos los elogios por usted porque, por fortuna mía, he tenido ocasión de tratarlo algunas veces y me son familiares su cultura, su erudición a la par que su modestia y su bondad. Fue único e incomparable guía de los miembros de un Congreso de Historia, celebrado en Morelia allá por el año de 1941, y al que concurrí en representación del Dr. Manuel Gamio, Jefe del Departamento Demográfico. De labios del profesor Romero Flores brotaba, como un torrente, en aquellos cortos pero fecundos instantes en que era nuestro cicerone, el dato erudito, la anécdota sabrosa, el informe inusitado y concluyente.

Y quiero decirle, ahora que hablamos de Morelia que me extasia la pintura incomparable que usted hace de la colonial Valladolid, hoy opulenta y poética Capital de Michoacán. La conocí rápidamente a mediados de 1931, con motivo de un doloroso acontecimiento que tuvo resonancia nacional entonces y que fué la muerte de dos sobrinos de Don

#

Pascual Ortíz Rubio, Presidente de la República ocurrida en forma violenta y criminal en los Estados Unidos de América; y por comisión burocrática me tocó a mí acompañar los cadáveres de los infortunados estudiantes García Gómez, a quienes me vengo refiriendo, desde Nuevo Laredo a la Ciudad de Morelia, que los recibió con muestras de inmenso dolor. Y Morelia es como usted la pinta: dulce y acogedora, colonial y bella.

También anoto entre mis impresiones más placenteras de su obra, el capítulo dedicado a José Martí, a quien conceptúo como el hombre más grande del Continente, por patriotismo acendrado, su enciclopédica cultura, su palabra fácil y arrebatadora, su tiernísima poesía y ante todo por su indiscutible amor al pueblo y a la libertad, que lo condujo al sacrificio de Dos Ríos. Y, quien no se conmueve ante ese poema madrigalesco y cifra de la moral más pura que se llama "La Rosa Blanca"?

No trato, porque me considero incapacitado - para ello, de analizar su trabajo desde el punto de vista de la crítica. Lo considero, lisa y llanamente, como magnífico dentro de su género, y para fundar mi acerto me atengo al exquisito lenguaje empleado por usted, elegante y brioso, sembrado de voces desusadas para el vulgo; matizado de metáforas coherentes y originales, pleno, en suma, de punzantes ironías y de apotegmas sabios o amenos. Baste decir que ha escogido usted buenos maestros; y la sola enumeración de -- los nombres ilustres e inmortales de poetas como Dante, Virgilio y Tasso; de dramaturgos como Esquilo, Sófocles, Shakespeare e Ibsen; de escritores como Cervantes y Goethe lo acreditan como de excelente gusto literario.

Inefable mi gratitud para usted no sólo por el envío de su libro, sino también por las amables frases de su dedicatoria.

Y termino mi larga y tediosa epístola, deseando para usted y la señora su esposa cabal salud y todo género de felicidades; reservando para usted mi fraternal despedida con un abrazo de su amigo muy leal y atento seguro servidor,

Carlos A. Gómez